



Memoria, oralidad y escritura

José Bengoa Cabello¹

Quisiera hablar esta mañana de la compleja relación entre memoria, oralidad y escritura. En particular me apasiona el tema por varios motivos, uno evidente, ya que la Antropología se ha dedicado históricamente al estudio de los pueblos y sociedades que no tienen tradición escrita sino oral o predominantemente oral. Por lo tanto me preocupa comprender la relación entre la palabra escrita, en particular la memoria plasmada en la escritura y la oralidad, la memoria reproducida oralmente. Uno se puede preguntar para iniciar estas reflexiones, si en estos tiempos de globalizaciones, modernización compulsiva de nuestras sociedades hay espacio para la oralidad pura, para la transmisión oral de la memoria o por el contrario, estas sociedades ágrafas están condenadas a desaparecer.

Un segundo motivo para incursionar en este tema es la exigencia que se les plantea a muchas culturas tradicionales, como las indígenas de nuestro país, de traspasar los límites de la oralidad y pasar a formas escritas de comunicación, o a lo menos buscar combinaciones entre ambas. En la medida que existe una demanda de, por ejemplo, educación intercultural y bilingüe, se requieren textos de estudio, es necesario incluso inventar un alfabeto, publicar textos escolares, esto es, estamos presenciando una de las grandes transformaciones que ha tenido la humanidad, el paso de la oralidad a la escritura, y esto a nuestra vista y paciencia.

Pero para complejizar más aún la cuestión, todo este proceso se produce en un contexto marcado quizá por el ocaso del monopolio del libro como soporte de la escritura. Digo monopolio, no porque el libro vaya a desaparecer, sino que se resignifica frente a la aparición de los medios audio visuales, la escritura rápida y desechable del chateo por Internet, y la neo oralidad de la televisión, los megatextos y la popularización (democratización también) del fenómeno visual digital. El libro y el periódico se refugian en las elites, volviendo en una suerte de “revisita” fantasmal del pasado, al tiempo de los mandarines en que la escritura era el monopolio de las elites del poder, y la lectura de los libros de las personas de la alta cultura.

Voy a tratar de hilvanar estas relaciones acudiendo a varios ejemplos, muchos de los cuales son bien conocidos por ustedes, pero que trataré de interpretar de modo diverso. Seguiré la pista primero, de la resistencia de los pueblos indios frente a la escritura y en particular al libro como fuente única de transmisión de la memoria. Un segundo momento, el triunfo y la primacía de la historia escrita y la sumisión de las memorias olvidadas en los ámbitos de resistencia y del privado y un tercer momento que lo estamos viviendo, de la recuperación de los fragmentos de la memoria oral y su necesario traspaso a la “oralescritura”. La recuperación de la memoria y su inevitable fijación en el

¹ Conferencia Inaugural del año académico 2005 de la Escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

texto escrito. Pienso que la antropología que ha acompañado en sus fases silenciosas a las culturas ágrafas tiene una enorme responsabilidad y desafío en esta aventura que se abre a nuestra vista.

1. El libro y el poder.

El primer desencuentro entre la escritura y la oralidad se produce, según lo conocemos, en el mundo andino al llegar el Conquistador con su hueste a la ciudad de Cajamarca. Por empinados cerros y piedras que le rompían las herraduras a los caballos, los europeos van ascendiendo a la sierra ya que habían sido anunciados que el Inca tomaba sus baños en las afamadas aguas cajamarquinas. Son informados que junto a su corte acampaba a unas leguas del pueblo. Llenos de temor por lo desconocido, deciden entrar y en unas casas frente a la Plaza se atrincheran, dice Cieza de León. Voy a omitir las variantes de otros autores, que aunque hermosas y visuales (como la de los dos caballeros Hernando Pizarro y Sebastián de Benalcázar que corriendo en sus caballos llenos de cascabeles visitan al Inca en su campamento y sorprenden a los allí reunidos con su estrafalario aspecto). Al día siguiente entra el Inca con toda su corte, procesión maravillosa que llena de admiración a los españoles que observaban desde sus guaridas con las cuerdas de sus mosquetes encendidas. Sigo ahora a Huamán Poma y nos dice que entra "Fray Vicente llevando en la mano izquierda una cruz y en la derecha el breviario, y le dice al dicho Atahualpa Inga que es también embajador y mensajero de otro señor muy grande, amigo de Dios y que fuese su amigo" El Inca me imagino, que era muy culto, se compadece de que al fraile se le hubiese muerto su Dios en una cruz y le dice con cariño y cierto orgullo, "que no tiene que adorar a nadie sino al sol que nunca muere" (hay una versión que dice que señala hacia el cielo donde estaba el brillante sol de los Andes) y preguntó el dicho Inga a fray Vicente quien se lo había dicho, responde Fray Vicente que le había dicho evangelio el libro y dijo Atahualpa: dámelo a mi el libro para que me lo diga, y así se lo dio y lo tomó en las manos, comenzó a hojear las hojas del dicho libro y dice el dicho Inga: que como no me lo dice ni me habla a mi el dicho libro, hablando con grande majestad, asentado en su trono, y lo echó el dicho libro de las manos el dicho Inga Atahualpa".

El libro tiene algo de mágico. Uno va a las librerías y hojea los libros buscando que le digan algo, imaginando el momento que lo leerá y se le abrirá un mundo nuevo. Muchas veces en la historia se han quemado libros porque se ha supuesto que van a decirle cosas indebidas a las personas. La historia está llena de Torquemadas.

El cura Valverde se da vueltas indignado al ver que su libro ha sido tirado al suelo, observa a los españoles que miraban la escena y dice a gritos: "Aquí caballeros, con estos indios gentiles, son contra nuestra fe" Y Pizarro y Almagro dieron voces y dijo: "Salgan caballeros estos infieles que son contra nuestra cristiandad y de nuestro emperador y rey...demos en ellos" y dice Huamán que "comenzaron a matar indios como hormigas".

Maldita aparición del libro en América. Va junto, en un síndrome difícil de comprender, con la cruz, la espada y los mosquetes. El poder simbólico de la memoria escrita con el poder militar y religioso.

El baile de los guerreros.

No ha sido cariñosa la relación entre los pueblos ágrafos y el libro. Ha sido una relación compleja. Ha habido un permanente menosprecio por parte de la cultura occidental llena de papeles y documentos, por la memoria oral, considerada débil, poco segura, ingenua, en fin, primitiva, al decir de las teorías evolucionistas. La historia se fue escribiendo dejando a la transmisión oral relegada a los rincones del pueblo, a zonas olvidadas, a espacios menospreciados por la alta cultura.

En los pueblos indios la escritura fue vista como opresión, con desconfianza. Hay un pasaje que siempre me ha impresionado y que relata González de Nájera. Cuando se han destruido las ciudades del sur de Chile a fines del siglo dieciséis después del llamado desastre o ahora victoria de Curalava, dice el cronista, que los araucanos o mapuches festejan lo ocurrido. Cuenta que usaban para sus bailes unas grandes capas de cuero a las que les pegaban como plumas de aves, las páginas arrancadas a los breviarios, biblias y misales que habían sacado de las Iglesias. También utilizaban en sus trajes los edictos reales, los títulos de propiedad y de encomiendas que el Rey entregaba por mano de sus escribanos a los conquistadores. Uno puede imaginar, esos trajes surrealistas de hojas de papel Biblia, que se movían al ritmo del purrún alrededor del Rehue o en las fogatas que calentaban el frío de las noches en la Araucanía.

Ese baile de los guerreros es un acto de reversión de la primacía de la oralidad sobre la escritura. Se mofan de la escritura, la ven relacionada con el poder, con la Conquista, con la dominación.

Porque Historia Oral existía. El Fraile Sors a fines del siglo dieciocho relata la ceremonia en las que el historiador, el weipín, contaba las historias. Una suerte de teatro antiguo, uso de máscaras, los collones son lo que queda de esos "entremeces" que nos habla el padre Rosales. Se relataban con viveza los episodios, se lloraba en las partes tristes, se reía con las anécdotas graciosas, en fin, se transmitía la memoria colectiva en un ritual establecido. Los pueblos ágrafos no son pueblos sin historia como ha dicho, mal dicho, muchas veces la Antropología privilegiando la escritura como único medio de transmisión.

2. La primacía de la escritura.

Pero es evidente que esas memorias fueron quedando arrinconadas en las trastiendas de las denominadas historias oficiales. Las Historias fueron parte del poder, se convirtieron en una herramienta poderosa. El manejo de la memoria, el control del pasado como arma para la construcción del futuro. Fueron por tanto quedando memorias que no entraron en las Historias oficiales, que quedaron relegadas o simplemente negadas.

Los papeles, los decretos, los títulos de propiedad, los documentos ante notario, reemplazaron los derechos denominados consuetudinarios. La palabra empeñada fue perdiendo valor frente por ejemplo a la propiedad escrita. ¿Cuántos latrocinios se cometieron en las notarías del sur de Chile? Hace años cuando discutíamos el caso de la comunidad de Quinquén buscamos en los archivos la papelería. Varios tomos de documentos, títulos,

ventas y reventas, todos ellos llenos de timbres de agua y mentiras infinitas. Títulos de papel les hemos denominado. Nunca esos autoproclamados propietarios estuvieron en esas tierras, nunca tomaron posesión efectiva de ellas. Pero esos papeles les valieron lo que no valía la palabra de los otros. El pleito llegó a la Corte Suprema quien valoró la papelería y finalmente para que no expulsaran a cientos de habitantes de sus casas hubo que pagar seis millones de dólares, por unos papeles fabricados en registros de propiedad falsificados.

Huamán y muchos otros se dieron cuenta de ello, desde temprano, y de las dificultades de transformar la oralidad en escritura. Dice el sabio andino, “para sacar en limpio estas dichas historias hube tanto trabajo por ser sin escrito ni letra alguna sino nomás de quipos y relaciones de muchos lenguajes, ajuntando con la lengua castellana y quichua, inga, aymara, puquina, colla, canche, cana, charca, chinchaysuyo, andesuyo, collasuyo, condesuyo, todos los vocablos de indios, que pasé tanto trabajo...gasté mucho tiempo y muchos años acordándome...”

Fijar la memoria en la escritura no ha sido fácil, pero muchos ya desde antiguo, indígenas también, lo vieron necesario. La escritura se hizo dominante y con la escuela hegemónica. La oralidad se fue retirando a las vidas privadas.

En estos días un grupo de antropólogos jóvenes ha publicado el primer tomo de los Anales de Desclasificación. Una publicación insólita que llena de luces la antropología de este país y quizá de otras latitudes. Allí se publican por primera vez las actas de la Federación Araucana de Manuel Aburto Panguilef. Panguilef, me lo han contado y a esta altura no se si es mito o realidad, presidía esos enormes Congresos en medio del campo a la antigua usanza. El, iluminado, con su trarilonco de plata como los antiguos lonkos. Comenzaba el Congreso e iban pasando los caciques de las diversas localidades a contar sus sueños. Don Manuel tenía una hija que tomaba nota de cada uno de esos peumas en un gran libro de actas de esos de tapas duras. Muchos han sido los que se han dedicado a la búsqueda de esos cuadernos de los sueños de los antiguos caciques. Quizá Panguilef sabía que las memorias que no se guardan en la escritura se iban a perder. Fueron como dicen los autores, clasificadas, escondidas, como tantas memorias ocultadas por la capacidad clasificatoria de los Estados, de los poderes, de los círculos académicos. Fue un primer intento en el mundo mapuche de unir la oralidad con la escritura, no negarla sino recuperarla, reafirmarla, sobredeterminarla podríamos decir hoy día. Estos jóvenes intelectuales han comenzado a desclasificarla.

Hay culturas en que aún el paso de la oralidad a la plena escritura no ocurre totalmente o donde la transición se realizó de un modo paulatino. Leía hace muy poco que el Corán en sus primeras versiones no contaba en su escritura con vocales. Que era un sistema de escritura principalmente pnemotécnico, para apoyar la memoria de quienes cantaban sus aleyas. Es por ello que hay varias tradiciones coránicas que hasta hoy tienen diferencias. Se cantaban las aleyas y azóras de acuerdo a tradiciones, que hasta hoy las escuelas repiten y los muesines desde sus mesquitas entonan siete veces al día, hoy eso si, con altoparlantes. Siglos después se fue escribiendo en forma completa, con las vocales que precisaban el lenguaje oral y lo fijaban. Ya no se podía tener variaciones, se había fijado la palabra de Dios, de Alahh. Coincidió

la unificación idiomática con la unificación política, con el poder centralizado. Pero hasta hoy conviven las tonalidades diversas producto de la tradición y de la resistencia de esa religión a los Estados centralizados.

¿Cómo traspasar la oralidad a la escritura? Sobre todo cuando no hay Rey, Estado, o sistema de poder que lo imponga. No es fácil responder a esa pregunta. Pero lo que no cabe duda es que la escritura y los soportes modernos se impusieron sobre la oralidad. La historia de la escritura ha sido la historia del poder. Desde los mandarines chinos que dominaban de manera monopólica el dibujo de los caracteres hasta los enciclopedistas de la revolución Francesa que quisieron condensar en esas páginas todo el conocimiento humano, en un intento babélico de soberbia para tentar a Dios desde su ateísmo militante y teológico: la razón. En la Enciclopedia se condensa el menosprecio por las lenguas y culturas ágrafas. En uno de sus miles de páginas, en un rincón, se habla de la lengua mapuche diciendo que es casi inexpresiva, que no tiene capacidad de comunicación y que era la expresión del primitivismo de esa sociedad. El Abate Juan Ignacio Molina reacciona desde su exilio en Bolonia y escribe fuertes artículos tratando de ignorantes a los enciclopedistas, el Abate jugaba en ese entonces en las grandes ligas de la cultura.

Pero la influencia de la Ilustración primero y luego en el siglo diecinueve del evolucionismo condujo a pensar que las lenguas y culturas sin escritura estaban condenadas a muerte y que sus capacidades de transmisión eran muy limitadas. La escritura caminó junto al etnocidio. Se trató por tanto de castellanizar a las poblaciones y las escuelas jugaron el rol principal. Escondidos en las trastiendas de las memorias los guardianes de la palabra se pasaban el bastón de los recuerdos de uno en uno, sigilosamente. Las nuevas generaciones ya no se interesan en estas historias le dijo Pascual Coña el cacique del Budi, al padre Ernesto Wilhem de Moesbach. Por eso estuvo de acuerdo en que pusiera por escrito sus recuerdos, sus relatos, la vida y costumbres de los antiguos araucanos.

Algo o más de algo tenía razón el viejo Pascual Coña. Porque los huepines murieron y poco a poco las historias se confundieron, se olvidaron también. Las memorias fueron negadas por los dominadores pero también los dominados las fueron perdiendo. ¿Qué queda de los antiguos relatos? Combinaciones de recuerdos fragmentarios, conjunto complejo de olvidos. La dominación cultural parece implacable.

La antropología jugó un papel importante en ese período que hemos denominado “rescatista”. Una generación de sabios, a comienzo del siglo veinte en Chile y otras partes del mundo, se dio la tarea de “rescatar” esos conocimientos que se perdían al parecer inexorablemente. Tenemos testimonios valiosos hasta el día de hoy, útiles para dominantes y dominados. Más quizá para los dominados.

Hace años conocí algunos sabios mapuches que recordaban aún a los antiguos huepines. No inventaban historias, las contaban como las habían escuchado según la tradición oral. Don Arturo Coñoepán Huenchal nos relató sentado en su ruca cocina en ChollCholl, la larga historia de su familia. En un momento cantó la canción que entonó Venancio Coñoepán alrededor de 1825 al despedirse arriba de su caballo cuando partía con los boroganos a las pampas Argentinas. Se la cantaba a sus mujeres, les decía que las amaba y

que lo esperaran con un caldito de sopa que a él le gustaba especialmente. Nunca volvió de las Pampas, se recordaba el sabio huepín, murió en la localidad de Azul, cerca de Buenos Aires. Pero el propio huepín en un momento detuvo su relato y dijo que no se acordaba de más y en su tradición no estaba permitida la invención ni la fantasía.

Don Anselmo Raguileo tenía plena conciencia, en los años ochenta, de lo que estaba ocurriendo y trató de resolver la ecuación creando un lenguaje escrito que reflejara lo más nítidamente posible la voz de los mapuches. Peleó toda su vida por ello y quizá hoy estaría contento de ver que sus grafemas se usan en algunos casos, con variantes incomprensibles. Se dio cuenta el sabio maestro que para recuperar la memoria y sobre todo para que esta memoria sometida pudiera tener presencia en el mundo mapuche contemporáneo y en la sociedad chilena, debía pasar al plano de la escritura. El formó un alfabeto en que trataba que los sonidos del mapundungun se reflejaran de manera inequívoca y no se contaminaran con la lengua de la dominación, con el castellano. Si nuestra lengua tiene sonidos diferentes al castellano, porque no podemos, decía, escribirla de manera también diferente. Porqué debemos unificar las lenguas, sobre todo con la del dominador, se preguntaba.

Comenzó a partir de Raguileo una profunda y compleja discusión aún no zanjada. Cómo traspasar la oralidad a la escritura.

Pero es evidente que el problema no solo se refiere a los sonidos del lenguaje sino a su íntima configuración lógica. Las lenguas escritas han acumulado siglos de lógica formal en su modo de expresión. Han establecido reglas y principios clasificatorios rígidos, que señalan lo que está bien escrito y lo que no lo está. Las lenguas ágrafas en cambio parten de principios generalmente diferentes, conjunción de proposiciones superpuestas que se van hilvanando de modo reiterativo y que en su sonoridad van comunicando el mensaje deseado. No pocas veces dan vueltas y revueltas, con imágenes provenientes del diario vivir y poco a poco van permitiendo la comprensión del fenómeno descrito.

Mas complejo aún es el sentido de la historia que en la mayor parte de los casos consiste en una superposición de fenómenos ocurridos en fechas diversas y que en su reiteración entregan el mensaje moral que se quiere mostrar. He escuchado numerosas veces versiones mitificadas de los ancestros indígenas que han luchado en diversas épocas contra la dominación y por la libertad de los mapuches y que se van haciendo uno solo, un testimonio que se va desplazando en el tiempo... Una suerte de Pedro Páramo enterrado en diversas capas geológicas, vivimos "sobre héroes y tumbas", diría Sabato. La historia secuencial proviene de la escritura, de la necesidad de realizar cronologías, de inscribir propiedades, nombres de familia, en fin, proviene de la institucionalización de la vida social. Hay que distinguir entre el ancestro propietario y el heredero que va a recibir esos derechos. La historia circular, geológica, mítica, ritual y moral no es de utilidad en las decisiones prácticas de la vida cotidiana.

Las dificultades en el traspaso son muchas y muy difíciles de comprender. Hay quienes tratan de realizar este movimiento siguiendo los principios urbano occidentales. Ha sido y es una de las características de la recuperación de las memorias en la emergencia indígena latinoamericana. Se trata de componer una memoria paralela a la occidental. Muchas veces uno se

pregunta si los indígenas han sido estructuralistas de manera espontánea, ya que muchas de esas recuperaciones suelen jugar con oposiciones duales, con figuras como las de arriba y abajo, en fin explicaciones globales de la cultura. Uno se cuestiona por ejemplo si el concepto o idea de “totalidad” surgido tan tardíamente en el mundo europeo occidental, ya estaba presente en esos relatos o es fruto de la contaminación indebida de quienes reconstruyen la memoria desde sus fragmentos.

Otra tendencia que observamos en muchos países y en Chile también, es el considerar que existe una memoria escondida y no contaminada. Se trataría de la conservación de un tipo de conocimiento, historia e historias, que solamente ha sido conocida por los iniciados. La tarea del investigador sería en estos casos la búsqueda de esos Códigos de da Vinci, escondidos en medio de las selvas prístinas. Solo los iniciados serían capaces de encontrar esas “memorias perdidas”. Por esa vía se camina muy cerca del esoterismo y no pocas veces se ha llegado a confundir la cultura indígena con la superchería new age. No es necesario citar ya que cada cual puede anotar su bibliografía.

Pero, es posible por lo tanto, la convivencia entre memoria oral y escrita en una sociedad globalizada y donde la escritura es un medio de comunicación indispensable ya sea en el libro, el periódico o también a través de los medios digitales. No creo que sea posible. Hoy día hasta en los mas recónditos lugares de nuestro país llega la televisión, el sistema de propiedad inscrita está en el cien por ciento del territorio, la escuela tiene una cobertura prácticamente universal, a pesar de que su calidad sea muy dispar, y la Internet con su escritura quizá desechable, avanza hasta los lugares mas escondidos y es apropiada por las organizaciones indígenas que ven en ello un arma indispensable. No creo por tanto que exista siquiera la posibilidad de la existencia paralela de una memoria oral consolidada y la historia escrita y por ello creo necesario la recuperación de la oralidad en la escritura. La escuela y los programas bi culturales plantean además nuevas exigencias. Textos escolares, historias bi culturales, en fin, una institucionalidad de la reproducción cultural indígena en el caso que estamos analizando.

¿Cómo enfrentar esta tarea? Es evidente que los intelectuales indígenas tienen la primera palabra, pero no necesariamente todo lo que digan o plantean está exento de crítica. Considero que es insustituible la conjunción de los fragmentos de la oralidad, con los trozos de memoria, que escritos, nos han llegado a nosotros en documentos, libros, crónicas, en fin, escritura. A unos y otros se les debe pasar por el tamiz de la crítica. Unos, los orales, por sus evidentes contaminaciones producto de siglos de contactos, informaciones, deformaciones y a los otros, los escritos, por su evidente carga de estereotipos, de miradas etnocéntricas, en fin, de clasificaciones en el decir de nuestros amigos desclasificacionistas. En esa conjunción quizá se pueda iniciar un camino de recuperación.

No creo que sea demasiado diferente a lo que ocurrirá con el grafemario, con la escritura de las lenguas indígenas. Va a haber un largo período de tiempo en que no se va a “normalizar” la manera de escribir la lengua indígena. Así ocurrió en todas las lenguas. En el castellano recién a comienzos del siglo veinte se normaliza el uso de la y griega y la i latina y numerosas otras maneras de escribir la lengua. Siglos de escribir Baldivia con B larga y Valdivia con V corta. Y nunca ninguno de los Valdivias de este país se

sintieron menoscabados. No hay poder externo, ni muchos menos el poder del Estado dominador, el de las mayorías, que pueda por decreto normalizar una lengua.

Vivimos un tiempo fascinante y complejo. Creo que de la capacidad de dar el salto hacia la "oralescritura" dependerá en buena medida el porvenir de las antiguas culturas ágrafas. Los poetas mapuches, que son muchos y buenos, creo que lo han comprendido. Recientemente el diario mapuche Azkintuwe, creo que va también en ese camino. "Oralescritura" no es otra cosa que el encuentro fecundo entre la tradición oral libre y sin cortapisas clasificatorias y la tradición de dominación de la escritura. En la apropiación de la escritura por parte de las sociedades ágrafas hay un evidente proceso de liberación, de apropiación de una de las principales armas del dominante. Es el modo moderno de vestirse con las hojas de los breviarios y danzar con ellos al ritmo del purrún, como lo hacían los antiguos mapuches.

Una última reflexión sobre los soportes y sobre la aparición y existencia de nuevas culturas semi ágrafas en las sociedades modernas. No cabe duda que la pérdida del monopolio del libro como único soporte de la lecto escritura, conduce a una situación compleja. Hay nuevas subculturas urbanas en que el uso de la oralidad y visualidad, los grafitis por ejemplo, es determinante, como las culturas Hip Hop. El uso de medios de comunicación visual ha ido erosionando el poder único del libro. Sin embargo se comienza a percibir una segmentación semejante a la que existía en la antigüedad entre los sectores letrados y los iletrados o quienes utilizan la lecto escritura solamente como un bien desechable. La fugacidad de lo escrito en los medios digitales está cambiando la posición del libro, ya no como bien masivo sino como producto selectivo, y caro, propio de quienes se adentran en las bases constitutivas de la cultura dejando el conjunto de la producción cultural en manos de la vorágine de la muchedumbre. El postfordismo cultural tiene un elemento de democratización pero también de banalización, de efímero como diría Lipotewsky, en fin, de fugacidad.

La antropología tiene a mi modo de ver, un papel importante en la recuperación de las memorias no escritas de la sociedad. Ya sea en el aporte y acompañamiento de los procesos de recuperación de los grupos ágrafos o en la sistematización, o re escriturización de las culturas semi ágrafas de la vida moderna. Hay muchas memorias negadas en nuestro país, las memorias locales, las memorias populares, los campesinos, los pescadores, en fin, sectores que no tienen poder en la sociedad. Muchas veces esas historias han quedado escondidas en la privacidad, recordadas en el silencio. La antropología podría ser definida quizá en el interfase de estos tres elementos, memoria, oralidad y escritura. Quizá allí se encuentra su íntima vocación. En la capacidad de unir escritura y oralidad es donde se podrá encontrar la recuperación de las memorias de nuestra sociedad y hacerla mas democrática, diversa e igualitaria...

José Bengoa
Marzo de 2005



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 

